



Con su ciudad asediada por las fuerzas del Estado Islámico, los sirios de etnia kurda de Kobane se agolpan frente al alambre de púas que separa la frontera con Turquía. Foto: John Stanmeyer

prosaica en la que la biología es el principio del desarrollo de la conciencia y continuamente se encuentra con el misterio de lo que significa ser humano, misterio que el darwinismo no fue capaz de desvelar; y acaba por recurrir a una referencia espiritual: la tradición judeocristiana, que en la imagen del Paraíso y la caída de Adán y Eva ha sabido plasmar de manera icónica y certera el juego interior que viven los seres humanos entre moral, libertad y conciencia.

La anterior no es el único guiño al cristianismo como elemento capaz de explicar las verdades más profundas sobre el ser humano. Cuando la autora inquiere acerca de las raíces del rechazo atávico hacia los pobres, se encuentra con San Agustín y su visión sobre el pecado original, como elemento perturbador de la naturaleza humana y que hiere también las relaciones entre personas.

No es que lo proponga como explicación, pero sí como una tradición que testimonia un problema. Razón y fe no tienen por qué ser opuestas.

Puede parecer descomunal el espacio que el libro dedica a temas como los mencionados que, aparentemente, no están relacionados con el tema principal y que podrían calificarse como cuestiones secundarias, sin embargo, cada aspecto que aborda el libro juega su papel en la explicación de la aporofobia. Hay también algunas cuestiones que convendría analizar más despacio. Por ejemplo, Adela Cortina señala que, mientras las sociedades occidentales opulentas no tienen inconveniente en dejarse “invadir” por un número ingente de extranjeros pudientes que las visitan como turistas, sin embargo, rechazan o ponen demasiadas trabas a la entrada de refugiados, sólo porque son pobres.

Aunque la autora alude a él, quizás habría que profundizar aquí en el miedo de parte de la población a la llegada de terroristas islamistas entre esos refugiados. Temor que algunos políticos ignoran, mientras que otros rentabilizan en un discurso populista y que, en ningún caso, exime a una Europa con raíces cristianas de prestar la ayuda necesaria a tantos hombres, mujeres, ancianos y niños que huyen de su tierra de origen porque no les queda otra opción.

Adela Cortina señala también que la educación ha sido utilizada, a lo largo de la historia, como el vector destinado a mitigar patologías sociales del tipo de la xenofobia o la aporofobia. Este esfuerzo docente se ha visto desasistido en los últimos tiempos, por una sociedad que, desencantada con la política, está girando hacia un consumismo hedonista e individua-